

ITALO CALVINO

LA JORNADA
DE UN INTERVENTOR
ELECTORAL



Italia, Turín, 1953. Elecciones generales. Amerigo Ormea, comunista, ha sido designado por su partido como interventor electoral en un hospicio. El partido de la mayoría moviliza en favor suyo a inválidos, idiotas y moribundos, convirtiendo la miseria de la naturaleza en una operación política. Amerigo observa y reflexiona. ¿Es justo utilizar con fines electorales a unos seres disminuidos? La primera respuesta, inmediata y política, es «No». Sin embargo, enseguida se abre otro interrogante: ¿Hasta qué punto se es hombre, a partir de qué punto se deja de serlo? Esta historia supera los límites de la crónica para convertirse en una angustiosa y apasionante meditación sobre la condición humana.

«Puedo decir que escribir algo tan breve me llevó diez años, más de lo que había empleado en cualquier otro trabajo mío. La primera idea de este relato la tuve precisamente el 7 de julio de 1953. Estuve en el Cottolengo durante las elecciones unos diez minutos. No, no era interventor; era candidato del Partido Comunista (candidato para completar la lista) y como tal visitaba los colegios electorales donde los candidatos de la lista pedían la ayuda del partido para los problemas que pudieran surgir. De ese modo, presencié una discusión en una mesa electoral del Cottolengo entre democristianos y comunistas del tipo de la que constituye el centro de mi relato. Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea (...). Me puse a escribirlo pero no me salía (...). El resultado fue que quedé completamente incapaz de escribir durante muchos meses...». ITALO CALVINO

I

Amerigo Ormea salió de casa a las cinco y media de la mañana. El día se anunciaba lluvioso. Para llegar al colegio electoral donde era interventor, Amerigo seguía un recorrido de calles estrechas y arqueadas, recubiertas aún con viejos adoquines, a lo largo de paredes de casas pobres, sin duda densamente pobladas pero carentes, en aquel amanecer dominical, de todo signo de vida. Amerigo, que no conocía el barrio, descifraba los nombres de las calles en los rótulos ennegrecidos —nombres, quizá, de olvidados benefactores— inclinando a un lado el paraguas y levantando la cara al gotear de la lluvia.

Había la costumbre, entre los sostenedores de la oposición (Amerigo Ormea estaba afiliado a un partido de izquierda), de considerar la lluvia en día de elecciones como una buena señal. Era un modo de pensar que persistía desde las primeras votaciones de la posguerra, cuando aún se creía que con el mal tiempo, muchos electores de los democristianos —personas poco interesadas en la política, o viejos inútiles, o habitantes de zonas rurales mal comunicadas— no saldrían de sus casas. Pero Amerigo no se hacía estas ilusiones; se estaba ya en 1953, y con tantas elecciones a cuestas se había visto que, lloviera o luciera el sol, la organización para hacer votar a todo el mundo funcionaba siempre. Tanto más esta vez, cuanto que se trataba, para los partidos del gobierno, de hacer valer una nueva ley electoral (la «ley-estafa», la habían bautizado los otros), por la que la coalición que hubiese sacado el 50% + 1 de los votos obtendría dos terceras partes de los escaños... Él,

Amerigo, había aprendido que en política los cambios se producen por caminos largos y tortuosos, y que no hay que esperarlos de un día para otro, como por un golpe de fortuna; también para él, como para tantos otros, adquirir experiencia había significado volverse un poco pesimista.

De otro lado, existía aún la creencia de que es necesario seguir haciendo todo cuanto se pueda, día a día; en la política, como en todas las demás cosas de la vida, para quien no es un necio, cuentan los dos principios aquellos: no hacerse nunca demasiadas ilusiones y no dejar de creer que cualquier cosa que hagas puede ser útil. Amerigo no era de los que les gusta destacarse: profesionalmente, antes que imponerse prefería continuar siendo persona justa; no era lo que se dice un «político», ni en la vida pública ni en las relaciones laborales; y hay que añadir que ni en el sentido bueno ni en el sentido malo de la palabra. (Porque había «también» un sentido malo; o «también» un sentido bueno, según como se mire; en cualquier caso, Amerigo lo sabía). Estaba afiliado al partido, eso sí, y aun cuando no podía llamársele un «activista», pues su carácter le llevaba a una vida más bien recogida, no se echaba atrás cuando había que hacer algo que consideraba útil y adecuado a él. En la Federación lo consideraban un elemento preparado y con buen sentido; ahora le habían nombrado interventor: una tarea modesta, pero necesaria e incluso comprometida, sobre todo en aquella mesa, en el interior de una gran institución religiosa. Amerigo había accedido de buen grado. Estaría todo el día con los zapatos mojados.

II

Si se utilizan términos genéricos como «partido de izquierda», «institución religiosa», no es porque no se quiera llamar a las cosas por su nombre, sino porque aun declarando *d'emblée* que el partido de Amerigo Ormea era el partido comunista y que el colegio electoral estaba situado en el interior del famoso «Cottolengo» de Turín, el paso que se da por el camino de la exactitud es más aparente que real. Ante la palabra «comunismo» o la palabra «Cottolengo», ocurre que cada cual, según sean las propias condiciones y experiencias, es llevado a atribuirles valores distintos o tal vez opuestos, y entonces habría que precisar todavía más, definir el papel de ese partido en aquella situación, en la Italia de aquellos años, y el modo de Amerigo de estar dentro de él, y en cuanto al Cottolengo, también llamado «Piccola Casa della Divina Provvidenza» —admitiendo que todos sepan la función de ese enorme hospicio, que es la de dar asilo, entre otros muchos infelices, a los disminuidos físicos, a los deficientes mentales, a los deformes, y así hasta los seres escondidos que no se permite ver a nadie—, sería preciso determinar su lugar en la piedad de los ciudadanos, el respeto que infundía incluso en los más alejados de toda idea religiosa, y, al mismo tiempo, el lugar absolutamente distinto que había ocupado en las polémicas en época de elecciones, casi un sinónimo de estafa, de manejos, de prevaricación.

En efecto, desde que en la segunda posguerra el voto había pasado a ser obligatorio, y hospitales, hospicios y conventos hacían de gran reserva de sufragios para el parti-

do demócratacristiano, era sobre todo allí donde cada vez se daban casos de idiotas que votaban, o ancianas moribundas, o impedidos por la arteriosclerosis, gente, en fin, carente de capacidad de comprender. Surgían, en estos casos, unas anécdotas entre burlescas y lastimosas; el elector que se había comido la papeleta, aquel otro que al verse entre las paredes de la cabina con aquel pedazo de papel en la mano, creyéndose en la letrina, había hecho sus necesidades, o la fila de los deficientes más capaces de aprender, que entraban repitiendo a coro el número del censo y el nombre del candidato: «¡Un, dos, tres, Quatrelló! ¡Un, dos, tres, Quatrelló!».

Estas cosas Amerigo las sabía ya todas y no experimentaba por ellas ni curiosidad ni admiración; sabía que le esperaba una jornada triste y agitada; buscando bajo la lluvia la entrada indicada en la tarjeta del Ayuntamiento tenía la sensación de adentrarse más allá de las fronteras de su mundo.

La institución se extendía entre barrios populosos y pobres, por la superficie de un barrio entero, e incluía un conjunto de asilos, hospitales, hospicios, escuelas y conventos, casi una ciudad dentro de la ciudad, cercada por muros y sujeta a otras reglas. Su contorno era irregular, como un cuerpo progresivamente agrandado mediante nuevos legados, construcciones e iniciativas: al otro lado de los muros despuntaban techos de edificios, pináculos de iglesias, copas de árboles y chimeneas; allí donde la calle separaba un cuerpo de construcción de otro, éstos estaban unidos por galerías elevadas, como en ciertos viejos establecimientos industriales, crecidos siguiendo criterios de utilidad y no de belleza, e igual que éstos, rodeados también por muros desnudos y verjas. El recuerdo de las fábricas reflejaba algo no únicamente exterior: debieron de haber sido las mismas dotes prácticas, el mismo espíritu de iniciativa solitaria de los fundadores de las grandes empresas, lo que animara — expresándose en el socorro a los desamparados en lugar

de en la producción y el provecho— a aquel simple cura que entre 1832 y 1842 fundó, organizó y administró, en medio de dificultades e incomprensiones, este monumento de la caridad en el camino hacia la naciente revolución industrial; y su nombre —aquel mítico apellido campesino—, también había perdido para él toda connotación individual para pasar a designar una institución famosa en el mundo.

... En la cruel jerga popular, más tarde, aquel nombre se había convertido, por traslado, en epíteto burlón para decir deficiente mental, idiota, reduciéndolo incluso, según el uso turinés, a sus primeras sílabas: «cutu». El nombre «Cottolengo» añadía, así pues, una imagen de desdicha a una imagen ridícula (como a menudo les ocurre también, en la resonancia popular, a los nombres de los manicomios, de las cárceles), y al mismo tiempo de providencia benéfica, y de potencia organizativa, y ahora, además, con la utilización electoral, de oscurantismo, medioevo, mala fe...

Cada significado se diluía en el otro, y en los muros la lluvia mojaba los carteles, repentinamente envejecidos como si su agresividad se hubiese apagado con la última noche de batalla de los comicios y los fijadores de carteles, anteayer, y ya sólo fueran una capa de cola y papel barato, que de un estrato a otro deja transparentar los símbolos de los partidos opuestos. A Amerigo la complejidad de las cosas le parecía a veces una superposición de estratos netamente separables, como las hojas de una alcachofa, a veces, en cambio, un aglutinamiento de significados, una pasta pegajosa.

Tampoco en el hecho de considerarse «comunista» (ni en el recorrido que, por designación de su partido, efectuaba en este amanecer húmedo como una esponja) se distinguía hasta dónde llegaba un deber transmitido de generación en generación (entre los muros de aquellos edificios eclesiásticos Amerigo se veía —un poco irónicamente y un poco en serio— en el papel de un último y anónimo heredero del racionalismo dieciochesco —aunque sólo fuera

por un pequeño resto de aquella herencia que nunca había sabido hacer fructificar— en la ciudad que tuvo a Giannone en la picota^[1]), y hasta dónde el ir a parar a otra historia, vieja apenas un siglo, pero erizada ya de obstáculos y pasos obligados, el avance del proletariado socialista (entonces, era a través de las «contradicciones internas de la burguesía» o la «autoconciencia de la clase en crisis» que la lucha de clases había llegado a sacudir al ex burgués Amerigo), o mejor, la más reciente encarnación —de unos cuarenta años solamente— de aquella lucha de clases, desde que el comunismo se había convertido en potencia internacional y la revolución se había hecho disciplina, preparación para dirigir, negociación de potencia a potencia incluso donde no se tenía el poder (también atraía, pues, a Amerigo este juego muchas de cuyas reglas parecían fijadas, inescrutables y oscuras pero en el que de muchas otras se tenía la sensación de participar en su creación), o bien, en el interior de esta participación en el comunismo, era un matiz de reserva sobre las cuestiones generales, que empujaba a Amerigo a escoger las tareas de partido más limitadas y modestas como reconociendo en ellas las más seguramente útiles, y aun en éstas estando siempre preparado para lo peor, tratando de mantenerse sereno pese a su (otro término genérico) pesimismo (en parte hereditario también ése, el quejumbroso aire de familia que distingue a los italianos de la minoría laica, que cada vez que gana se da cuenta de que ha perdido), pero subordinado siempre a un optimismo parecido y más fuerte, el optimismo sin el cual no habría sido comunista (entonces, antes había que decir: un optimismo hereditario, de la minoría italiana que cree haber ganado cada vez que pierde; es decir, que el optimismo y el pesimismo eran, si no la misma cosa, las dos caras de la misma hoja de alcachofa), y, al mismo tiempo, en la parte opuesta, el viejo escepticismo italiano, el sentido de lo relativo, la facultad de adaptación y espera (es decir, el enemigo secular de esa minoría; y entonces todas las

cartas volvían a desordenarse porque quien le declara la guerra al escepticismo no puede ser escéptico con respecto a su victoria, no puede resignarse a perder, de otro modo, se identifica con su enemigo), y por encima de todo, el haber comprendido finalmente aquello que a fin de cuentas no era tan difícil de comprender: que éste es sólo un rincón del ancho mundo y que las cosas se deciden, no digamos en otro lugar porque «en otro lugar» está en todas partes, sino en una escala más vasta (y también en esto había razones para el pesimismo y razones para el optimismo, pero las primeras acudían al pensamiento más espontáneamente).

III

Para transformar una habitación en colegio electoral (habitación que acostumbra a ser un aula de escuela o una sala de tribunal, el comedor de algún club, o un local cualquiera de unas oficinas del Ayuntamiento) bastan pocos enseres —esas mamparas de madera sin pintar que hacen de cabina; esa caja de madera también basta que es la urna; ese material (los censos electorales, los paquetes de papeletas, los lápices, los bolígrafos, una barrita de lacre, bramante, tiras de papel engomado) del que se hace cargo el presidente en el momento de la «constitución de la mesa»— y una especial disposición de las mesas que se hallan en el lugar. Ambientes, en suma, desnudos, anónimos, con las paredes encaladas; y objetos más desnudos y anónimos todavía; y estos ciudadanos, allí en la mesa —presidente, adjunto, interventores, posibles «representantes del censo»—, toman también ellos el aire impersonal de su función.

Cuando empiezan a llegar los votantes entonces todo se anima: es la variedad de la vida que entra con ellos; tipos bien distintos unos de otros, gestos demasiado apocados o demasiado desenvueltos, voces demasiado fuertes o demasiado apagadas. Pero hay un momento, antes, cuando los de la mesa están solos, y cuentan los lápices, un momento en que a uno se le encoge el corazón.

Especialmente allí donde estaba Amerigo: el local de esta sección —una de las tantas dispuestas dentro del Cottolengo, porque cada sección reúne a casi quinientos electores, y en todo el Cottolengo de electores los hay a miles

— en días normales era un locutorio para los familiares que van a visitar a los asilados, y tenía a su alrededor unos bancos de madera (Amerigo apartó de la mente las fáciles imágenes que el lugar evocaba: esperas de padres campesinos, cestos de fruta, diálogos tristes) y las ventanas, altas, daban a un patio, de forma irregular, entre pabellones y pórticos, con un aire entre de cuartel y hospital (unas mujeres gruesas arrastraban unos carritos, unos bidones; llevaban faldas negras como campesinas de hace mucho tiempo, chales negros de lana, tocas negras, delantales azules; se movían con rapidez, bajo la llovizna que caía; Amerigo dio apenas una ojeada y se apartó de las ventanas).

No quería dejarse llevar por la tristeza del ambiente, y para ello se concentraba en la tristeza de sus pertrechos electorales —esos útiles de escritorio, esos carteles, el librito oficial del reglamento consultado a cada duda por el presidente, nervioso ya antes de empezar— porque ésta era para él una tristeza rica, muy rica de signos, de significados, tal vez en contraste unos con otros.

La democracia se presentaba a los ciudadanos bajo estos despojos humildes, grises, desnudos; a Amerigo a ratos esto le parecía sublime, en la Italia respetuosa desde siempre hacia todo lo que sea pompa, fasto, exterioridad, ornamento; le parecía finalmente la lección de una moral honesta y austera; y una perpetua y silenciosa revancha sobre los fascistas, sobre aquellos que habían creído poder despreciar la democracia justamente por esta su tristeza exterior, por esta su humilde contabilidad, y se habían reducido a cenizas con todas sus fantasías y sus galas, mientras ella, con su pobre ceremonial de pedazos de papel doblados como telegramas, de lápices confiados a manos callosas o inseguras, proseguía su camino.

He ahí, en torno a él, a los demás miembros de la mesa, personas cualesquiera, en su mayor parte (parecía) reclutadas a propuesta de la Acción Católica, pero alguno también (aparte de él, Amerigo) de los partidos comunista y so-

cialista (aún no los había identificado), comprometidos en un servicio común, un servicio racional, laico. Helos en apuros con pequeños problemas prácticos: cómo inscribir a los «Votantes censados en otras secciones»; cómo rehacer el cómputo de los censados sobre la base de la lista, llegada en el último momento, de los «Votantes fallecidos». Helos ahora derritiendo con cerillas el lacre para sellar la urna y luego no saben cómo cortar el bramante que sobra y deciden quemarlo con las cerillas...

En estos gestos, en este identificarse con sus provisionales funciones, Amerigo estaba dispuesto a reconocer el verdadero sentido de la democracia, y pensaba en la paradoja de hallarse allí, juntos, los creyentes en el orden divino, en la autoridad que no proviene de esta Tierra, y los camaradas suyos, cabalmente conscientes del engaño burgués de todo el tinglado: en fin, dos tipos de gente que en las reglas de la democracia deberían de haber tenido poca confianza, y que, sin embargo, estaban seguros unos y otros de ser sus más celosos tutores, de encarnar su misma esencia.

Dos de los interventores eran mujeres: una iba con una chaqueta de punto de color naranja, su cara estaba cubierta de pecas, tendría sobre unos treinta años, parecía obrera u oficinista; la otra aparentaba tener unos cincuenta, llevaba una blusa blanca, un medallón con un retrato sobre el pecho, quizás era viuda, tenía un aire de maestra de escuela. ¿Quién lo hubiera dicho —pensaba Amerigo, decidido ya a verlo todo bajo la luz mejor— que hacía tan pocos años que las mujeres tenían derechos civiles? Parecía que jamás hubiesen hecho otra cosa, de madres a hijas, que preparar las elecciones. Por lo demás, son las que tienen más buen sentido en las pequeñas cuestiones prácticas, y las que acuden en ayuda de los hombres, siempre más torpes.

Siguiendo este hilo de pensamientos, Amerigo casi llegaba a sentirse satisfecho, como si todo fuera por el mejor

camino (independientemente de las oscuras perspectivas de las elecciones, independientemente del hecho de que las urnas se hallasen en el interior de un hospicio, donde no habían podido celebrarse comicios, ni pegarse carteles, ni venderse diarios), como si la victoria en la vieja lucha entre la Iglesia y el Estado fuera ya ésta, la revancha de una religión laica de deber cívico contra...

¿Contra qué? Amerigo volvía a mirar a su alrededor, como buscando la presencia tangible de una fuerza contraria, de una antítesis, pero ya no encontraba dónde agarrarse, ya no conseguía contraponer las cosas de la sección al ambiente que las contenía: en el cuarto de hora que hacía que estaba allí, cosas y lugares se habían vuelto homogéneos, mezclados en una única y anónima vulgaridad administrativa, igual para los gobiernos civiles y las jefaturas de policía que para las grandes obras pías. Y como aquel que, al zambullirse en el agua fría, se esfuerza en convencerse de que el placer de zambullirse está precisamente en esa impresión helada, y luego, al nadar, encuentra de nuevo dentro de sí el calor y la sensación al mismo tiempo de lo fría y hostil que es el agua, así Amerigo, después de todas las operaciones mentales para transformar dentro de sí la tristeza del colegio electoral en un valor precioso, había vuelto a reconocer que la primera impresión —de extrañeza y frialdad de aquel ambiente— era la justa.

Por aquellos años, la generación de Amerigo (o mejor, aquella parte de su generación que había vivido de una cierta manera los años posteriores al 40) había descubierto las posibilidades de una actitud desconocida hasta entonces: la nostalgia. De este modo, en su memoria, empezó a contraponer al escenario que tenía delante de los ojos el clima que había habido en Italia después de la liberación, durante un par de años, el recuerdo más vivo de los cuales le parecía que era ahora la participación de todos en las cosas y los actos políticos, en los problemas de aquel momento, graves y elementales (eran pensamientos de ahora,

en su momento había vivido aquellos tiempos como un clima natural, igual que todos, disfrutando de él —después de todo lo que había pasado—, enojándose por lo que no marchaba, sin pensar en que pudiera ser idealizado algún día); recordaba el aspecto de la gente de entonces, que toda parecía casi igualmente pobre, y más interesada en las cuestiones universales que en las privadas; recordaba las sedes improvisadas de los partidos, llenas de humo, de ruido de ciclostiles, de hombres y mujeres abrigados compitiendo en su voluntario ímpetu (y esto era todo cierto, aunque sólo ahora, con la distancia de los años, podía empezar a verlo, a hacerse una imagen de ello, un mito); pensó en que sólo aquella democracia recién nacida podía merecer el nombre de democracia; era aquél el valor que poco antes iba buscando inútilmente en la modestia de las cosas y que no encontraba; porque aquella época ya se había terminado, y, poco a poco, la sombra gris del Estado había vuelto a sentar sus reales, lo mismo antes, durante y después del fascismo; la vieja separación entre administradores y administrados.

La votación que ahora empezaba iba a agrandar (Amerigo estaba, ¡ay!, seguro de ello) todavía más esta sombra, esta separación, alejando todavía más esos recuerdos, convirtiéndolos, de corpóreos y ásperos que eran, en cada vez más etéreos e idealizados. El locutorio del Cottolengo era, pues, el escenario perfecto para la jornada: ¿no era acaso este ambiente el resultado de un proceso parecido al experimentado por la democracia? En sus orígenes, también aquí debió haber (en una época en que la miseria era aún sin esperanza) el calor de una piedad que invadía a personas y cosas (quizás aún lo había ahora —Amerigo no quería excluirlo— en cada una de las personas y los ambientes de allí dentro, separados del mundo), y que debió crear, entre auxiliares y desvalidos, la imagen de una sociedad distinta, en la que no era el interés lo que contaba, sino la vida. (Amerigo, como muchos laicos de escuela historicista, se

enorgullecía de saber comprender y apreciar, desde su punto de vista, momentos y formas de la vida religiosa). Pero ahora esto era una gran institución asistencial-hospitalaria, con unas instalaciones ciertamente anticuadas, que bien o mal cumplía sus funciones, prestaba su servicio, y además se había hecho productiva, de un modo que en la época en que había sido fundada nadie lo hubiera podido imaginar: producía votos.

¿No será, pues, que lo que cuenta en todo es sólo el momento en que empieza, en que todas las energías están tensas, en que no existe sino el futuro? ¿No le llega a todo organismo el momento en que su normal administración, su rutina cambia? (¿Le ocurriría lo mismo —no podía dejarse de preguntar Amerigo— al comunismo?, ¿o le estaba ya ocurriendo?). O bien..., o bien, ¿lo que cuenta no son tanto las instituciones que envejecen como la voluntad y las necesidades humanas que siguen renovándose, restituyendo autenticidad a los instrumentos de que se sirven? Aquí, para dejar a punto esta sección (ya no quedaba más que pegar bien a la vista —según el reglamento— tres carteles: uno con los artículos de la ley y dos con las listas de los candidatos), aquellos hombres y mujeres desconocidos y en parte adversarios trabajaban juntos, y una monja, tal vez una Madre superiora, los ayudaba (le preguntaron si podrían tener un martillo y algunos clavos), y unas asiladas con delantal a cuadritos se asomaban apenas, llenas de curiosidad, y —¡Ya voy yo! —dijo una chica con la cabeza grande, adelantándose a sus compañeras, y echó a correr, riendo, y regresó con clavos, el martillo, luego corrió un banco.

Al mismo tiempo, se descubría en los patios mojados de lluvia toda una concurrencia, una excitación por estas elecciones, como si de una fiesta insólita se tratara. ¿Qué era? ¿Qué era este cuidado al fijar aquellos carteles cual blancas sábanas (tal como parecen los carteles oficiales, pese a toda su tinta negra que nadie lee), que acercaba a un